Cassius Crowley

Nombre real: Cassius Crowley
Clase: Cazador de cazores.
Apodo: El Invicto
Alineamiento: Eileen.
Fobias o miedos del personaje: Amelia, perder.

HISTORIA

— ¡Levántate! ¡Vamos!

Cassius Crowley escuchaba la voz de su padre en la lejanía aunque se encontrara frente a él. Escupió sangre sobre la tierra y trató de fijar la imagen aún aturdido; aferró el mango de su espada de madera y arremetió contra su progenitor con la ferocidad de una animal arrinconado. La sorpresa de Allen Crowley se dejó notar, aunque Cassius no pudo verlo.

— Bien — le dijo a su hijo —. Pero contrólate y nunca ataques con rabia, podría volverse contra ti.

Así fue la infancia de Cassius Crowley, una lucha constante para convertirse en el mejor soldado de Yharnam. Provenía de una familia de larga tradición militar en la que todos sus predecesores habían servido con orgullo en la milicia y, por supuesto, él no podía ser menos. Desde los nueve años, combatía por la mañana siguiendo un riguroso entrenamiento y estudiaba por la tarde centrándose en tratados de esgrima, estrategia y armamento. Nunca tuvo un respiro, solo disciplina y una vida recta, sin amor ni halagos.

Cuando tuvo la edad requerida para alistarse no hubo despedidas, solamente un "*haz que nos sintamos orgullosos*". Fue la última vez que vio a sus padres y a su hermano recién nacido, Nathan, que seguro seguiría sus pasos. Casi sintió lástima por él, solo casi; nunca había conocido ese sentimiento.

Nada más llegar destacó sobre todos los cadetes, ni siquiera tenía rival dada su educación, y desde luego no tuvo trato de favor viniendo de la familia que venía, más bien todo lo contrario. Siempre mantuvo su lugar, siguió los cauces adecuados y dejó que su experiencia hablara por él, al fin y al cabo fue lo que le enseñaron. No tardó en ascender a capitán y despertar envidias entre sus compañeros, pero era claramente superior a

todos, incluido cualquier otro Crowley a su edad.

Le asignaron una cuadrilla de hombres y tuvo diferentes destinos con los que, poco a poco, se ganó el respeto de sus subordinados e hizo honor a su apellido. Pacificó revueltas por las malas condiciones de trabajo en las minas de los Havoc, acabó con criminales peligrosos a las órdenes de Ravena Morwen, e incluso dio caza a los cabecillas de un grupo armado en la sombra evitando una guerra civil en Yharman. Nunca perdió un solo combate, y por ello recibió el apodo de "El invicto".

Aquella vida le gustaba, era exactamente para lo que le habían preparado, pero había algo dentro de sí mismo que le faltaba. No sabía exactamente qué era, pero lo sentía cuando visitaba las tabernas con sus hombres estando de permiso y los veía disfrutar de la vida. Una pequeña voz desde su alma le susurraba algo inteligible cuando algún soldado borracho se atrevía a abrazarlo por haberle salvado o veía a otro reunirse con su esposa e hijos. Se odiaba por ello, no había cabida para distracciones, solo el deber; aunque notaba cómo algo iba desapareciendo dentro de él.

Fue entonces cuando los incidentes en la ciudad aumentaron sensiblemente, tampoco se trataba de una situación incontrolable, pero sí notó cómo la violencia aumentaba y el delirio de los habitantes crecía; podría apreciarse una extraña psicoesfera que emanaba oscuridad desde cada rincón. Y es por esos días, saliendo a altas horas de la noche estando de permiso, cuando se topó con la persona que cambió su vida para siempre.

Se dirigía al cuartel cuando algo le llamó la atención en un callejón que estaba siendo devorado por la oscuridad de la noche, un movimiento rítmico acompañado de un sonido seco y casi sordo. Lo que vio al acercarse le heló la sangre, pues se encontró a un hombre de espaldas cortando los miembros de un cuerpo sin vida con una especie de arma dentada que jamás había visto. Cassius enseguida le gritó para que cesase tan atroz tarea, y aquel hombre, bien pertrechado, se giró despacio y le miró a los ojos; eran tan rojos como el crepúsculo, y venas oscuras en todo su semblante parecían desembocar en aquellos pozos sin alma. Cassius desenvainó su espada y echó mano a su pistola conocedor de la actitud de alguien que está a punto de atacar.

Fue la pelea más dura de toda su vida, aquel loco se movía con una rapidez inusual y las heridas que le infringía no parecían frenar sus embestidas. Finalmente, un certero disparo en la cabeza y un preciso corte en la

garganta acabaron con la amenaza. Cassius cayó al suelo, exhausto, y con varias heridas de moderada importancia en brazos y torso. Se apoyó contra la pared, miró hacia la luna y fue entonces cuando la vio.

Una figura con una máscara de cuervo y un manto de plumas negras le observaba apoyada en el alféizar de una ventana dos pisos más arriba.

— ¿Estás con él? — preguntó Cassius.

— No — era la voz fría de una mujer que se sentó en la ventana.- Pretendía acabar con él, aunque le conocía. Era un buen hombre.

— ¿Quién demonios eres? ¿Sabes qué ha ocurrido aquí?

— Llevas el uniforme de la milicia. Sobra decir que estás malgastando ese talento en combate con esos patanes, podrías estar luchando por cosas mucho más importantes.

— ¿De qué hablas? Baja aquí si no has tenido nada que ver con esto — el último comentario le había dolido, la milicia era su familia.

— Hagamos una cosa, ven a este mismo lugar mañana a medianoche. Te diré mi nombre y te contaré todo — la mujer desenfundó tan rápido una pistola que Cassius ni siquiera pudo reaccionar —. Ahora, lárgate, yo me ocupo de esto.

Cassius no pudo hacer otra cosa que obedecer, estaba herido y no podía combatir. Se vendó cuando llegó al cuartel sin alertar a nadie y sin decir palabra de lo que había visto. Trató de descansar, pero su mente daba vueltas a lo que había ocurrido. Iba a llegar hasta el fondo de aquel asunto.

A la noche siguiente volvió al mismo callejón. Llevaba el uniforme bajo el abrigo y la pistola en su sitio, pero no iba con escolta ni con intención de levantar un parte. Se mantuvo en el borde de la sombra, con la vista en las ventanas, esperando una señal.

La figura apareció desde arriba sin anunciarse con pasos. La máscara de cuervo le tapaba el rostro y el manto de plumas negras le rompía la silueta contra la pared. No bajó para acercarse; eligió una altura desde la que podía ver la calle y a Cassius a la vez.

—Has venido.

Cassius alzó la barbilla lo justo para que la voz le llegara clara.

—Dijiste que me dirías tu nombre y qué ha ocurrido aquí.

La mujer sostuvo el silencio un instante, como si estuviera comprobando si aquella pregunta era curiosidad o necesidad.

—Eileen —dijo—. Eileen el Cuervo.

Cassius no respondió con cortesía ni con sorpresa. Se limitó a registrar el nombre y a esperar lo demás.

—Lo que has visto no es un crimen normal —continuó Eileen—. La ciudad está cambiando. Empiezan a aparecer bestias, y con ellas aparece otra cosa: cazadores que se dejan arrastrar por la sed de sangre. Cuando cruzan ese límite, ya no sirven para proteger nada.

Cassius apretó la mandíbula. Miró el suelo manchado del callejón y después levantó la vista.

—Soy de la milicia.
—Lo sé —dijo Eileen—. Y por eso te lo digo así: aquí la ley llega tarde. Si quieres entender lo que está pasando, vas a tener que actuar donde no hay testigos y donde nadie te va a dar medallas.

Cassius no dio un paso adelante. Tampoco se fue.

—¿Qué quieres de mí?

Eileen inclinó la cabeza, como si esa fuese la única pregunta útil.

—Que caces —dijo—. Que caces bestias cuando toque, y que pongas fin a los cazadores que ya no pueden controlarse. Si aceptas, te entrenaré y te daré trabajo. Si no aceptas, volverás al cuartel y esto seguirá creciendo igual.

Cassius sostuvo la mirada a través de la máscara, midiendo la oferta como mediría una orden: por su coste y por su consecuencia.

—¿Y si me equivoco?
—Te equivocarás —respondió Eileen—. La diferencia es si aprendes antes de que te ocurra lo mismo que a ellos.

—¿Y qué pasa con la milicia? No puedo desertar, sería una deshonra para toda mi familia.
—No te preocupes por eso. Tengo amigos, y a efectos prácticos tú seguirás formando parte de la milicia.

Cassius sopesó la oferta. Se estaba aburriendo de la milicia, él era mejor que todo aquello, pero no quería dar la espalda al legado de los Crowley.

—¿Cómo pretendes hacer eso? — le espetó a Eileen.
—Tú déjalo en mis manos. Seguirás apreciendo en los informes, incluso en el periódico, pero todo será una tapadera para hacer lo que realmente quieres hacer

Cassius tardó un instante en contestar. Cuando lo hizo, no levantó la voz.

—De acuerdo. Dime qué tengo que hacer.

Eileen no celebró la respuesta. Asintió una sola vez, como si se hubiera limitado a cerrar un trámite.

—Entonces empezamos.

El entrenamiento con Eileen no tuvo ceremonia. Cassius acudía a la misma hora, con el equipo en orden, y trabajaba hasta que el cuerpo dejaba de responder con precisión. Eileen corregía con frases cortas y con gestos; cuando se movía, se movía para colocar un error delante de los ojos y obligar a corregirlo.

En esa etapa no entrenó solo. Valeria Vendor trabajaba en la misma guarida, con el mismo régimen, y Cassius se le acercó sin invadirla: se colocaba donde pudiera ver su postura y el ángulo del brazo, y solo intervenía cuando el fallo se repetía. Valeria evitaba tocar el arma de fuego; la mano se le quedaba rígida en cuanto el metal entraba en contacto con ella. Cassius no lo convirtió en conversación; adaptó el ejercicio para que la lección saliera por el cuerpo y no por la voluntad.

—No te quedes clavada —dijo, sin levantar la voz—. Cambia de ángulo antes de decidir si disparas.

Valeria le sostuvo la mirada un instante y volvió al ejercicio.

—Otra vez —añadió Cassius—. Y esta vez no te abras en línea recta.

La trataba como se trataba a una compañera que tenía que salir viva, y ese trato se parecía demasiado al de un hermano mayor como para confundirse con camaradería. Cuando Valeria acertaba, Cassius no la felicitaba; asentía y seguía. Cuando fallaba, se colocaba a su lado, marcaba el movimiento con la punta de la hoja o con el borde de la mano, y se retiraba para que ella lo repitiese sin depender de él.

Silas Vayne, y Corvinus Ravenshade que llegó más tarde, aparecían también en ese entorno. No se juntaban para hablar de lo que llevaban encima; coincidían cuando tocaba afilar, preparar o cruzar información útil para el siguiente contrato. Cassius no buscaba su compañía, pero actuaba como si el trabajo exigiera que nadie se quedase corto: lo necesario se decía, lo innecesario se cortaba, y el resto se dejaba fuera de la guarida.

En los descansos Cassius se mantenía aparte, con la respiración ya controlada y la vista fija en el suelo o en el acero, como si todavía estuviera midiendo una distancia. Cuando el grupo derivaba hacia historias de casa o de familia, él no entraba; se limitaba a ajustar correas, a revisar el arma, a ocupar las manos. Valeria lo veía y no hacía preguntas. Eileen tampoco; si había algo que no encajaba en Cassius, lo trataban como se trataba una grieta en una hoja: se vigilaba y se seguía trabajando.

Los encargos empezaron a acumularse y, con ellos, las noches dejaron de ser un descanso. Cassius volvía con la ropa marcada, limpiaba el arma con un método repetido y se sentaba con la espalda recta, esperando a que el cuerpo cediera por pura fatiga. A veces no cedía. Cuando dormía, el sueño se le llenaba de caras a las que había visto caer, sin orden y sin distancia, y despertaba con la mano ya buscando la empuñadura.

Con el paso de los días, la sed se volvió una constante de fondo. No era hambre ni cansancio. Era una necesidad que volvía aunque él hubiese comido y bebido, y que le apretaba la mandíbula cuando olía sangre fresca. Cassius no lo comentó en la sala común. Ajustó rutinas: menos tiempo sin guantes, menos pausas cerca de los viales, más trabajo físico para forzar la disciplina por encima del impulso.

Una mañana, al lavarse, vio en el metal pulido del recipiente algo que no

reconoció como propio a la primera. Los ojos le devolvían un brillo más duro y más rojo de lo habitual, y la piel parecía tensarse de otro modo alrededor de la mirada. Cassius se quedó inmóvil un instante, como si estuviera comprobando un dato de campo, y luego terminó de lavarse sin alterar el gesto.

Eileen lo interceptó antes del siguiente ejercicio. No se acercó con prisa ni con reproche. Le bastó con ponerse frente a él, a la distancia exacta en la que no hacía falta levantar la voz.

—Mírame.

Cassius levantó la vista.

Eileen sostuvo su mirada el tiempo suficiente para confirmar lo que ya había visto en el entrenamiento y en los regresos.

—Estás cambiando —dijo.

Cassius no apartó los ojos.

—Duermo poco.
—No es solo eso —respondió Eileen—. Te estás acercando al borde.

Cassius respiró por la nariz, controlado.

—Estoy cumpliendo.
—Cumplir no te salva —dijo Eileen—. Hay cazadores que cumplen hasta el último día, y ese último día ya no son ellos.

Eileen giró un poco la cabeza, como si escuchara un ruido que no estaba en la sala, y volvió a fijarse en él.

—Necesitas un ancla.

Cassius no preguntó qué significaba. Esperó la instrucción completa.

—Alguien que te obligue a seguir siendo humano cuando el cuerpo pida otra cosa —dijo Eileen—. No me importa si es amor, deuda o costumbre. Me importa que exista. Si no lo encuentras, acabarás siendo un problema que tendré que resolver yo.

Cassius asintió una sola vez, sin dramatizarlo, como si aceptara una orden con una consecuencia clara.

—Entendido.

La primera vez que Cassius salió a cazar con esa orden encima, no llevó la cabeza llena de nombres ni de planes. Hizo lo que sabía hacer: eligió un recorrido, revisó el equipo, y entró en las calles donde la sangre se quedaba en el suelo más tiempo del normal. La noche era útil para ese trabajo; había menos testigos y más señales.

Encontró el rastro antes que el cuerpo. Había huellas irregulares, arrastre y un olor dulce que no encajaba con carne fresca. Siguió el hilo sin acelerar, cuidando el ruido de las botas y el crujido de la correa del arma. Al doblar una esquina, oyó un choque metálico y un jadeo contenido, como si alguien estuviera aguantando el aire para no anunciarse.

No estaba solo.

Una figura ya tenía al objetivo delante, encerrado entre un carro volcado y una pared de piedra. No era un hombre. Tenía la espalda arqueada, la mandíbula fuera de sitio y las manos convertidas en algo que servía para desgarrar. La otra figura se movía con precisión, sin pánico, sin ganar terreno por impulso; entraba, cortaba y salía, obligando a la bestia a girarse, a equivocarse, a mostrar el flanco.

Cassius no intervino al primer golpe. Observó dos respiraciones, midió el ritmo y eligió el ángulo. Cuando la bestia cargó y la cazadora tuvo que ceder un paso, Cassius entró por detrás con un disparo corto a la pierna para romperle la base. La criatura cayó de lado y pataleó contra el empedrado.

La cazadora no se volvió para agradecer ni para reprochar. Aprovechó el desequilibrio, hundió acero donde el cuerpo cedía, y retrocedió lo justo para que Cassius no quedara en su línea. Cassius remató con un corte seco, sin alargar el final. La bestia se agitó dos veces y se quedó inmóvil.

El silencio posterior no fue alivio. Fue un hueco donde ambos comprobaron que no venía otra cosa detrás.

Cassius bajó el arma sin guardarla. Revisó los costados de la calle y el techo de las casas, como si esperara la misma vigilancia que él había visto la noche anterior.
La cazadora se limpió la hoja en un paño que llevaba preparado. Tenía la ropa práctica, sin adornos, y el cansancio colocado donde no estorbaba al pulso. Se movía como alguien que había aprendido a no perder tiempo, pero tampoco a regalarlo.

—No eres de mi cuadrilla —dijo ella al fin, sin elevar la voz.

Cassius la miró de frente. No ocultó el apellido, porque ocultarlo no le servía para nada en ese oficio.

—Crowley. Cassius Crowley.

La cazadora asintió como si ese dato fuese una pieza más del mapa. Guardó el paño, ajustó la empuñadura y lo observó con una atención que no era curiosidad.

—Has esperado para entrar.
—He esperado para no estorbar.
—Has disparado bien —dijo ella—. Y no has disparado de más.

Cassius no lo tomó como cumplido. Registró el hecho: ella estaba evaluando, igual que él.

—Tú has mantenido la distancia —respondió—. Has dejado sitio. Eso no lo hace cualquiera.

La cazadora sostuvo la mirada un instante y luego volvió a mirar el cadáver, como si quisiera asegurarse de que no había error en el diagnóstico.

—Se están acercando a la ciudad —dijo—. Antes los encontrábamos más lejos.

Cassius no discutió. Señaló con la barbilla el reguero de sangre que se perdía por una alcantarilla.

—Este no venía solo. Si seguimos el rastro, habrá más.

La cazadora hizo una pausa breve, como si estuviera midiendo si aquel

“seguimos” era un intento de mando o una propuesta práctica.

—Vamos —dijo—. Pero no por la calle principal.

Se movieron juntos sin ponerse uno delante del otro por inercia. Cassius llevaba la pistola baja, lista; ella mantenía la hoja preparada, con el cuerpo dispuesto a girar sin necesidad de espacio. No hablaron durante dos esquinas. Se comunicaban con gestos mínimos: una mano que frena, un dedo que señala una puerta abierta, una inclinación de cabeza cuando un sonido cambia.

Al llegar a un cruce, vieron el segundo rastro: marcas de uñas en un marco de madera y sangre fresca en el umbral, de alguien que había intentado cerrar desde dentro. La cazadora se agachó, tocó la mancha con la yema del guante y olió el aire.

—Aquí.

Cassius se colocó a su lado, sin pisarle la lectura. Miró el interior: una estancia pequeña, muebles desplazados, y un cuerpo humano en el suelo, aún con calor, con el cuello abierto. No había gritos; ya era tarde para eso. La cazadora apretó la mandíbula, pero no perdió el control. Entró, comprobó que no había movimiento, y salió de nuevo a la calle.

—No queda nadie vivo aquí —dijo.

Cassius asintió y cerró el marco de la puerta, no por respeto, sino para cortar el olor y el acceso.

—Entonces el rastro sigue —dijo.

Ella lo miró como si esa frase le confirmara algo que ya estaba sospechando.

—No te he preguntado por qué estás cazando —dijo—. Pero te mueves como si esto no fuera tu primera noche.
—No lo es.

La cazadora no pidió explicaciones. Cambió de tema con la misma frialdad que se cambia de arma cuando una se atasca.

—Me llamo Amelia Reed.

Cassius registró el nombre sin mostrar reacción. No lo conocía como etiqueta, pero lo retuvo como se retiene un punto de apoyo.

—¿Trabajas sola? —preguntó.
—No siempre —dijo Amelia—. Esta noche sí.

Cassius aceptó la respuesta como un límite. No preguntó quiénes eran los otros ni dónde estaban. Siguió el rastro con ella, porque el trabajo lo exigía y porque ella había demostrado ser útil sin necesitar un discurso para justificarse.

Encontraron al siguiente objetivo en un patio interior. Era otra bestia, más joven, con movimientos más erráticos. Amelia entró primero; Cassius cortó el cierre por el flanco para que no escapase hacia viviendas. El combate duró lo justo para que ambos se vieran de verdad: Amelia no peleaba para lucirse; peleaba para terminar. Cassius no peleaba para imponerse; peleaba para controlar el final y no dejar restos.

Cuando la bestia cayó, Amelia respiró dos veces, limpió la hoja y lo miró como si hubiera decidido algo práctico.

—Si vuelves a cruzarte conmigo en una cacería, no te pongas detrás sin avisar —dijo—. Lo haces bien, pero no sé dónde estás.

Cassius aceptó la corrección sin orgullo.

—La próxima vez me señalaré antes de entrar.

Amelia asintió, y por primera vez relajó el gesto lo suficiente para que se notara el cansancio.

—Tienes sangre en la manga.

Cassius miró el brazo, vio la mancha y se lo ajustó sin dramatizarlo.

—No es mía.

Amelia lo observó un instante más y luego apartó la vista, como si hubiera decidido no decir lo siguiente en mitad de una calle.

—Hay un lugar donde limpiar y descansar sin que te miren —dijo—. No es hospital. No es cuartel. Si lo necesitas, lo sabrás.

Cassius no le pidió dirección. No le pidió permiso. Se limitó a asentir y a acompañarla hasta el siguiente cruce seguro, manteniendo el mismo ritmo que ella había marcado desde el principio.

Cuando se separaron, Cassius no se quedó mirando cómo se iba. Giró hacia su ruta, comprobó que el entorno estaba limpio y siguió andando, con el nombre todavía fresco y con la orden de Eileen encajada en un hecho: esa noche había cazado y había salido vivo sin aislarse del todo.

En los días siguientes mantuvo el régimen de Eileen y sumó otra rutina que le servía para medir límites sin inventarse excusas: duelos con Gehrman. No eran desafíos públicos ni entrenamientos ceremoniales. Eran dos hombres con armas limpias, un espacio despejado y una norma simple: si uno fallaba, el otro no fingía que no lo había visto.

Cassius volvió a la rutina sin contarle a nadie lo ocurrido. Al amanecer lavó la sangre del abrigo, desmontó el arma y limpió cada pieza hasta dejarla seca. Repitió el proceso dos veces, aunque la segunda no era necesaria. Cuando terminó, se quedó un momento con la empuñadura en la mano, sin hacer nada, y luego la guardó con un gesto demasiado cuidadoso.

Dormía poco. Cuando por fin se tumbaba, a veces no cerraba los ojos; se quedaba mirando el techo, con la respiración controlada, y se sorprendía repasando una voz que no era de su cuadrilla. No recordó una escena completa ni un detalle íntimo. Recordó un nombre, dicho con claridad en mitad de la calle, y la forma en que Amelia había ocupado espacio sin pedirlo.

En el entrenamiento, cuando el cuerpo pedía ir más rápido, Cassius se obligaba a repetir el movimiento con el mismo tempo, como si estuviera castigando un impulso. Entre series, se ajustaba el guante y se quedaba un segundo con los dedos en la muñeca, donde el pulso subía más de lo habitual. No lo comentaba. Miraba alrededor, comprobaba que nadie lo estaba mirando, y seguía.

La deriva que Eileen le había señalado seguía presente como un ruido de fondo. Cassius la mantenía contenida con disciplina, pero esa disciplina necesitaba una comprobación que no dependiera de una esquina ni de un

grito. Por eso buscó a Gehrman. No lo hizo por compañía. Lo hizo porque Gehrman le devolvía un límite medible.

Gehrman llegó primero y dejó la capa a un lado. Revisó el filo con un gesto mecánico, como quien confirma una herramienta. Cuando Cassius entró, no hubo saludo largo ni explicación.

—¿Listo? —dijo Gehrman.
—Sí —respondió Cassius.

Empezaron sin cuenta atrás. Gehrman probó con un paso corto y un amago que buscaba el brazo, no el cuello, forzando reacción. Cassius no retrocedió por reflejo; giró, dejó pasar el acero y devolvió un corte que no pretendía terminar el duelo, sino obligar a Gehrman a recolocarse. El intercambio se ordenó rápido: Gehrman imponiendo ritmo para provocar error, Cassius cerrando ángulos para que el error no apareciera.

En un cruce, Gehrman entró demasiado cerca. Cassius lo paró con el cuerpo, lo sacó de línea y no apretó más de la cuenta. Gehrman recuperó distancia sin perder el pulso, como si ese margen también fuese parte del ejercicio.

—No eres de los que se vienen arriba —dijo Gehrman.
—No me pagan por eso —respondió Cassius.

Siguieron hasta que ambos entendieron que ya no estaban afinando precisión, sino insistencia. Bajaron las armas sin levantar la voz. Cassius limpió la hoja con el mismo paño de siempre y, al guardar, se quedó un segundo con la mano sobre la empuñadura, inmóvil. En ese segundo volvió a pasarle por la cabeza la frase de Amelia, esa manera de hablar de rutas y de lugares como si estuviera marcando un punto de reunión sin prometer nada. No cambió el gesto. Guardó el arma y levantó la vista. Gehrman se recolocó la capa y se quedó un instante mirándolo, sin prisa.

—Te estás manteniendo —dijo Gehrman.

Cassius asintió lo justo para admitirlo y no convertirlo en conversación. Más tarde, cuando alguien preguntó quién ganaba esos duelos, Cassius no lo aclaró. Sonrió, guardó el arma y dejó la pregunta sin dueño, como si el resultado fuese un dato menor comparado con seguir siendo útil al día siguiente.

Valeria estaba sentada en la barra de una taberna habitual. Tenía los ojos húmedos y la cara tensa, como si llevara rato sujetándose por pura fuerza. Se quedó de pie un momento, sin avanzar, y se secó una mejilla con el dorso del guante sin conseguir borrarse el temblor.

Cassius estaba en la mesa con más compañeros, riendo y bebiendo, pero sin apartar la vista de Valeria. Finalmente, se puso en pie y se acercó a ella, apoyándose en el taburete contiguo.

—Cuéntame —dijo.

Valeria negó con la cabeza por reflejo, pero se le escapó una lágrima que limpió rápido.

Cassius no la tocó. Se quedó frente a ella con las manos quietas, esperando. Finalmente, Valeria habló.

—Mi madre murió cuando yo nací —dijo—. Mi padre se quedó y siguió haciendo de caballero delante de la gente. En casa era otra cosa. Cada año era peor.

No hizo una pausa para buscar compasión. Hablaba como quien suelta hechos que llevan demasiado tiempo encerrados.

—Un día lo seguí —continuó—. Lo vi parar frente a una taberna. Vi cómo se le acercaba un hombre joven, bien vestido, con el pelo largo cuidado. No parecía de aquí. Hablaron como si se conocieran. Se fueron juntos por un callejón.

Cassius no interrumpió. Sus dedos se cerraron y se abrieron sobre el borde del paño, una vez, sin ruido.

—Yo ya sabía que mi padre bebía y hacía cosas que no contaba —dijo Valeria—. Pero aquello era otra cosa. Y poco a poco se le estaba yendo de las manos.

Se secó la cara otra vez, insistiendo demasiado.

—Yo no maté a mi padre. La gente como él terminó con su humanidad. Yo solo maté a una bestia.

Cassius levantó la vista.

—¿Qué nombre?

Valeria sostuvo la mirada, y el esfuerzo se le vio en la mandíbula.

—Vitruvius Vilebreeze.

Cassius no reaccionó con reconocimiento.

—No lo conozco.
—Mejor —dijo Valeria, y la palabra salió como un alivio breve—. Yo no le puse cara en mi casa. Yo lo vi en la calle con mi padre. Y después... después todo se deshizo.

Se quedó callada un instante. Cuando siguió, ya no era solo tristeza; era una cosa más dura, pegada a los dientes.

—Empecé a ver y oír cosas —dijo—. Una noche vi a mi madre. Me habló como si estuviera ahí. Me dijo que mi padre la había envenenado durante años. Me dijo que el velo gritaba y que yo tenía que hacer algo.

Cassius no apartó la mirada. No se movió para cortar el relato.

—Mi padre entró después —continuó Valeria—. Me vio con un cuchillo. Me insultó. Me apuntó con una pistola. Me dijo que iba a morir siendo nada, igual que ella.

Valeria apretó los dedos hasta clavárselos en el guante.

—Le disparé —dijo—. Lo maté yo.

La frase quedó limpia, sin justificación. Valeria respiraba rápido, pero no alzó la voz.

—Eileen me encontró en el suelo —añadió—. Me dijo "*bien hecho*". Y desde entonces llevo esto como si fuera una cuerda al cuello: no para ahogarme, sino para recordarme que no puedo fingir que no pasó.

Cassius miró sus piezas y luego de nuevo a ella, sin absolución, sin condena.

—Quiero que entiendas por qué ese nombre importa —dijo—. Y no es un rumor. No es un "me dijeron". Yo a mi padre lo vi con él. Vi la puerta. Vi a mi padre iluminarse con alguien como si finalmente tuviera otro lugar en el que estar. Y luego mi casa se llenó de sangre.

Cassius no la interrumpió. Esperó, firme, como si su manera de colaborar fuera soportar la carga sin que se notara.

—Son todos responsables de su muerte. Cada uno de ellos. De momento solo tengo un nombre, pero caerán todos ellos, poco a poco.
Valeria tomó aire y miró al frente, hacia ninguna parte, pero sabiendo exactamente a quién miraba.

—Y tú, Vitruvius, eres el primero.

Cassius no cambió la cara. Se quedó donde estaba, con el equipo cerrado y la atención puesta en ella, como en el entrenamiento: sin adornos, sin distancia, sin abandonar la posición.

Un hombre encapuchado entró en la taberna con el emblema de los exterminadores visible, como si llevarlo fuera parte del aviso. No buscó asiento. Caminó directo a la barra y golpeó la madera con los nudillos hasta que el murmullo bajó. Cuando habló, lo hizo para todo el local, con el tono de quien no espera cooperación.

—Busco a Corvinus Ravenshade.

El tabernero tardó un segundo en reaccionar. Abrió la boca para responder con una evasiva, pero el exterminador lo agarró por la pechera y lo levantó lo justo para que quedara claro que podía hacerlo sin esfuerzo. Lo empujó contra la estantería de botellas; el vidrio tintineó y alguien se apartó sin mirar.

—No me hagas repetirlo —dijo—. Los traidores no se esconden para siempre. Y quien los cubre, cae con ellos.

Lo soltó como si no mereciera la mano, y recorrió la sala con la mirada, mesa por mesa, eligiendo caras. Llevaba la mano cerca del arma, no como amenaza teatral, sino como hábito. Volcó un vaso de un manotazo, señaló a un parroquiano que se había movido tarde y le cruzó la cara con un golpe

seco. No fue una pelea. Fue castigo y demostración.

—La ciudad se limpia —dijo—. Bestias, corruptos y cazadores que se creen por encima del juramento. Hoy empiezo por los que se venden.

Cassius lo observó desde una mesa lateral, quieto, midiendo distancias y salidas. No necesitó que el exterminador pronunciara más nombres para entender el objetivo: no venía a preguntar, venía a cortar un hilo y a quedarse con lo que saliera detrás. Cuando el encapuchado empezó a avanzar entre mesas, tocando hombros y obligando a la gente a mirarlo, Cassius se levantó y salió sin ruido, con el dato ya fijado: Corvinus estaba señalado, y la próxima vez no habría advertencia.

Cassius pasó la tarde con el equipo sobre la mesa y la mente en otra parte. Revisó el arma, cambió una correa que no estaba gastada y volvió a revisar el arma. El gesto era el mismo de siempre, pero el motivo no. Tenía la orden de Eileen clavada en la nuca y, desde la cacería, tenía también un nombre que se le quedaba pegado aunque intentara tratarlo como un dato más: Amelia Reed.

Le daba miedo el tipo de calma que ella traía. No porque fuera frágil, sino por lo contrario: porque no parecía necesitar que nadie la sostuviera, y eso dejaba a Cassius sin el refugio habitual de "ser útil". Si no tenía que protegerla, se quedaba expuesto. En ese hueco se le colaba una sensación nueva, más incómoda que la sed: la necesidad de que ella lo viera sin el uniforme de trabajo.

Cuando se decidió, no lo sintió como una valentía grande, sino como una tregua pequeña que podía permitirse. Salió antes de que anocheciera, evitó rutas transitadas y llegó a la cabaña con la luz todavía útil. Aseguró el perímetro por costumbre, pero esta vez la costumbre no era solo supervivencia: era preparar un sitio donde Amelia pudiera bajar el arma sin pensar en ello. Revisó cerraduras, dejó leña cortada y agua a mano, y encendió el fuego con calma, mirando cómo la llama agarraba como si eso fuera una prueba de que el mundo aún podía funcionar de manera sencilla.

Colocó dos platos, dos vasos y una manta cerca del banco, no como

señuelo ni como estrategia, sino como cuidado. En su cabeza se permitió una imagen breve y concreta: Amelia entrando, quitándose el abrigo sin prisa, y él sentado frente a ella sin tener que explicar nada, compartiendo comida caliente y silencio sin sobresaltos. No era una promesa para mañana ni una solución para la ciudad; era una noche normal robada a la cacería. Solo entonces, con el lugar listo y el pecho menos apretado, se sentó a escribir la nota, con una esperanza contenida pero real: que ella viniera y que, al menos unas horas, ambos recordaran cómo se vive cuando no se está resistiendo.

Cassius escribió la nota en un trozo de papel limpio, sin sello y sin firma. No pidió a nadie que la llevara en mano ni la dejó en un escritorio; la hizo circular por un canal discreto, como circulaban las cosas que no debían quedar registradas. El mensaje era breve y funcional, y aun así le dejó la mano unos segundos sobre el papel antes de doblarlo, como si ese contacto pudiera sostener algo más que un punto de encuentro. Se mantuvo fuera de Byrgenwerth, sin entrar, contando tiempos y observando ventanas hasta que el edificio bajó el ruido.

—Creí que no vendrías.
—No iba a quedarme en la cama sabiendo que estabas fuera.

Cassius inclinó la cabeza un instante para que la frase le llegara cerca, y luego volvió a vigilar el camino como si esa noche pudiera romperse por cualquier detalle. La condujo fuera de la universidad sin rutas evidentes, con dos caballos y el cuerpo colocado entre ella y cualquier cruce. No lo hizo para impresionar. Lo hizo porque, cuando ella estaba delante, todo lo demás quedaba ordenado por una urgencia simple: que siguiera viva y entera.

La cabaña aislada no tenía lujo, pero estaba preparada. Cassius había llegado antes, había encendido el fuego y había dejado lo necesario a mano para que no hiciera falta resolver nada al entrar. Amelia lo vio y se quedó un segundo quieta, y Cassius se permitió creer que aquello, por unas horas, podía parecerse a una vida normal.

—Llegaste antes que yo y dejaste todo preparado.
—Quería que entrases y no tuvieses que hacer nada.

Amelia se movió por el interior con ese control que no pedía permiso. Cassius la siguió con la vista sin acercarse de más, y cuando ella bajó el arma y se sentó cerca del fuego, él sintió el mismo alivio que siente

cuando una puerta se cierra y no hay pasos detrás. Le costó quedarse quieto frente a ella sin convertirlo todo en plan y en guardia. Lo intentó, y el intento ya era una forma de mostrarle cariño sin decirlo.

—Quería verte —dijo Amelia, sonriendo.
—Yo también. Todo el día. Todo el tiempo. Toda la vida.

Cassius sostuvo esa frase en el aire sin apartar la mirada, y luego hizo lo que hacía siempre cuando algo le importaba demasiado: buscó un hecho útil que lo obligara a seguir respirando. Sabía que, si se quedaba solo en esa calma, se le iba a notar el miedo a ser vulnerable. Prefería hablar de amenazas antes que admitir que estaba allí porque la necesitaba.

—He visto a un exterminador hoy —dijo Cassius, sin rodeos—. Vino, preguntando por uno de los míos.

Amelia no se encogió ni se tensó. Se limitó a colocarse de frente, atenta, como si el aviso no le quitara suelo bajo los pies sino que le diera un mapa más claro.

—Los exterminadores no mandan.
—La tienen donde la toman —respondió Cassius—. Se escudan en juramentos antiguos y en el temor de los otros.

Cassius habló sin elevar la voz, con el gesto contenido. En sus manos se notó el esfuerzo por no apretar la taza hasta romperla. No quería que Amelia tuviera que cargar con ese peligro. También sabía que pedírselo era otra forma de suplicar, y esa forma de suplicar lo dejaba desnudo.

—Los cazadores de cazadores les dan miedo, eso es todo. Y se sienten diferentes a ellos.
—Quizá el modo varíe, pero no el fin: proteger.
—El cómo importa. Es importante porque distingue una cacería de una ejecución.
—Una ejecución a tiempo ahorra una carnicería después.

Cassius se mantuvo firme, y al mismo tiempo la escuchó como se escucha a alguien a quien se quiere de verdad: con atención real, no para ganar una discusión. En esa conversación, lo que más le dolía no era el desacuerdo, sino que ella le obligaba a mirarse sin la excusa del uniforme. Amelia no lo dejaba refugiarse en el deber.

—Hay quienes sostienen vidas. Gente que observa sin hacer ruido..... Si los metes a todos en el mismo saco, dejas sola a la ciudad.
—No los meto en el mismo saco. Los conozco demasiado bien como para eso. Por eso no me engaño.
—No puedes ir por ahí acusando de todo a cualquiera que haya visto sangre de cerca.
—No confieso —dijo Cassius—. "Digo peligro". No es lo mismo.
—Lo dices como si fuera lo mismo para el otro lado.
—Lo que juramos no resiste a la carne cuando ésta se retuerce.

Cassius no bajó la guardia en ningún momento, pero su forma de mirarla cambió. La vio decidir palabras como decide un paso en combate: sin improvisación y sin pedir permiso. Eso, en lugar de tranquilizarlo, lo dejó pequeño por dentro. No porque ella fuera inalcanzable, sino porque él entendió que su fuerza no era un gesto; era una manera de existir. Y él, por primera vez en mucho tiempo, notó que quería estar a la altura.

—No necesito que cambies de parecer —dijo—. Pero necesito que no...e tu cruzada una excusa para destruir algo que todavía funciona.
—No es una cruzada. Es trabajo. Es lo único que queda cuando todo lo demás falla.
—Hay lealtades que atan a las personas —dijo—. Y ahí es cuando los votos se vuelven reales.
—Hasta tus compañeros caerán en la bestialidad, y entonces sus juramentos no significarán nada.

El aire cambió antes de que hubiera ruido. Cassius lo notó primero, como un corte en la continuidad del lugar. Se levantó sin golpear la mesa y llevó la mano al arma. Amelia también se levantó, y lo hizo sin perder el centro, colocándose donde no estorbara su línea.

Tres figuras encapuchadas negras estaban ya dentro. No entraron por la puerta ni por la ventana; simplemente estaban. Cassius no tuvo tiempo de pensar qué eran, solo de aceptar que el combate no iba a obedecer las reglas habituales. Se movió para interceptar, y Amelia respondió sin esperar a ver qué hacía él, como si ambos fueran parte del mismo mecanismo.

En el primer cruce, Cassius sintió que el acero no encontraba carne como debía. El contacto no devolvía resistencia normal. Cada vez que entraba, la figura se apartaba con una precisión que no parecía humana. Amelia, en vez de retroceder, se hizo un corte en la mano y siguió luchando con la

sangre en la palma como si ese acto fuera una decisión calculada. Cassius la vio hacerlo y, por un segundo, dejó de verla como una compañera de oficio: la vio como alguien capaz de sostener el horror sin parpadear. Eso le dio orgullo y le dio miedo a la vez, porque su primera reacción fue querer protegerla de un mundo que ella ya estaba enfrentando mejor que él.

El combate se resolvió sin victoria clara. No fue que ganaran; fue que las figuras dejaron de estar cuando quisieron, como si hubieran venido a medir y no a caer. Cassius se quedó con el arma en alto, respirando controlado, mirando a Amelia para comprobar que seguía entera.

—Llévame de vuelta a Byrgenwerth.
—De ninguna manera. En el bosque, por la noche, va a ser mucho peor.
—No voy a quedarme aquí esperando a que regresen. Llévame.

Cassius dio un paso hacia ella y se detuvo. Quería imponer su criterio, pero no podía hacerlo sin convertirla en algo que no era. La miró y vio que no había pánico en su cara; había una decisión cerrada.

—Amelia...
—Llévame —repitió ella, sin alzar la voz.

Volvieron sin rutas principales. Cassius mantuvo el cuerpo entre ella y el bosque, aunque sabía que esa noche lo que los perseguía no necesitaba distancia ni caminos. Llegaron a la universidad antes de que amaneciera. Cassius frenó, le acomodó el abrigo con un gesto rápido, y se obligó a no retenerla con las manos.

—No te acerques al edificio. No aparezcas. Vete al amanecer.

Amelia se giró y desapareció hacia el interior. Cassius se quedó fuera, con la brida en la mano, viendo cómo se cerraba la distancia sin que él pudiera hacer nada para evitarlo. No era un rechazo declarado, pero lo sintió como un abandono funcional: ella podía entrar sola, decidir sola, sostenerlo todo sola. Cassius estaba dispuesto a hacer sangrar a sus propios compañeros; Amelia estaba dispuesta a desangrarse a sí misma.

Eileen le dio el encargo al acabar el entrenamiento. No era una cacería. Tenía que localizar a Vitruvius Vilebreeze y hablar con él sin montar ruido. El objetivo principal era transmitirle una información concreta: Laurence estaba presionando para extender el uso de la sangre y convertirlo en norma en Yharnam, con consecuencias directas para cazadores y civiles. Cassius preparó el abrigo, guardó el arma y salió de la guarida sin decirlo en voz alta.

Cassius no tardó en mover el dato. No lo convirtió en un plan hablado ni lo compartió en la guarida. Lo guardó como se guardan las amenazas útiles y esperó a la siguiente orden operativa. Esa orden llegó en forma de dirección y hora: localizar a Vitruvius Vilebreeze donde hacía sus tratos sin fachada, sin escolta y sin preguntas.

La taberna estaba medio vacía. No era el tipo de sitio donde se discutían dogmas; era un lugar de recados, silencios y miradas largas. Cassius entró con el abrigo cerrado, eligió un ángulo desde el que veía la puerta y la barra, y localizó al hombre que no encajaba del todo con el resto: postura contenida, ropa cuidada sin ostentación, atención puesta en lo que ocurría alrededor aunque no se moviera.

Cassius se acercó sin pasos de más y se detuvo lo justo para que lo miraran.

—Crowley. Cassius Crowley.

Vitruvius asintió sin presentarse. Cassius señaló la mesa de la esquina y se sentaron allí, con la distancia exacta para hablar sin tocarse y sin levantar la voz.

—Eileen me habló de ti —dijo Cassius, sin rodeos.

Vitruvius no respondió. Cassius siguió, como si el silencio fuera parte del acuerdo.

—Me envía para que entiendas qué está pasando realmente con la sangre que mueves.

Vitruvius apoyó los antebrazos en la mesa. No miró a Cassius como a un superior ni como a un cliente; lo miró como a un mensajero que trae consecuencias.

—Laurence quiere que la sangre circule por toda la ciudad —dijo Cassius—. No solo para frenar a las bestias, sino para acercar a la gente a los dioses.

Vitruvius parpadeó una vez, despacio.

—¿A los dioses?
—A lo que él cree que son los dioses —respondió Cassius—. A lo que vende como una versión útil y aceptable. La ciudad está a un paso de cruzar un umbral y él lo trata como una oportunidad.

Cassius no se inclinó hacia delante. No hizo de aquello un discurso. Lo soltó en piezas claras, como si enumerara riesgos de campo.

—Laurence piensa que, si los cazadores consumen más sangre, verán más. Que podrán tocar algo que ahora solo intuyen. Lo llama iluminación. Yo lo he visto llamarse de otras formas cuando llega al cuerpo.

Vitruvius no hizo un gesto de burla. Se quedó quieto, escuchando.

—He visto cazadores que no volvían igual —dijo Vitruvius.

Cassius asintió con un movimiento mínimo.

—Y verás más. Porque esto no es estrategia militar. No es un ajuste de daños. Es fe mal dirigida. Fe en que la sangre abre puertas sin cobrar un precio. Y cuando el precio llega, lo llaman destino o revelación.

Vitruvius mantuvo la mirada un instante y luego la desplazó, midiendo el entorno como si quisiera confirmar que nadie estaba demasiado cerca.

—¿Y el Cuervo de Cainhurst? —preguntó—. Eileen no habría mandado a alguien que evitara ese tema.

Cassius apoyó los antebrazos en la mesa, espejo seco del gesto del otro.

—Ese no sigue las normas de nadie. Hace su propio trabajo. No responde ante Laurence ni ante la Iglesia. Si interviene, no es para ordenar nada, sino para ajustar cuentas que nadie entiende del todo.

Hubo un silencio corto, de esos que en una taberna significan “lo he oído” y “sigo aquí”. Cassius lo rompió sin cambiar el tono.

—Eileen cree que Laurence y él tienen intereses que pueden cruzarse. Y eso no nos conviene.

Vitruvius apartó la mirada hacia la barra, como si encajara piezas que llevaba sueltas desde hace tiempo.

—No eres el único que ha visto cosas raras en Byrgenwerth —añadió Cassius—. Estás demasiado metido en esto como para que sea seguro quedarte al margen.

Vitruvius frunció apenas el ceño.

—¿Eso significa que tengo que elegir un bando?

Cassius se encogió de hombros, sin teatralidad.

—Todos acabamos eligiendo —respondió—. Y muchas veces la voluntad es un privilegio.

Cassius pareció dispuesto a levantarse, pero se quedó un segundo más. Bajó la vista a la mesa, como si estuviera ordenando en silencio qué parte de aquel recado era trabajo y qué parte era otra cosa. Valeria le había confiado un hilo que no soltaba a nadie, y Cassius la quería demasiado como para trivializarlo. También había visto suficientes muertes como para entender que dejar a un hombre sin aviso no era justicia, era comodidad. No iba a ponerse entre Valeria y su decisión. No iba a discutirle su rastro ni su rabia. Solo iba a darle a Vitruvius una herramienta mínima, la única que no traicionaba a nadie del todo: la posibilidad de anticiparse.

Cassius alzó la mirada y habló más bajo, sin endurecer la voz.

—Hay algo más —dijo—. Hay alguien que quiere matarte.

Vitruvius no se movió.

—La Etérea.

Luego se levantó, se ajustó el abrigo y salió sin mirar atrás. No iba a frenar a Valeria, pero Vitruvius iba a tener lo que para muchos es inalcanzable: el tiempo.

Cassius volvió a la guarida con dolor en el cuerpo y con una duda peor que el dolor. Le dolía y, además, le enfadaba que le doliera, porque lo habían criado para aguantar sin nombrar nada y para convertir cualquier cosa en rutina.

Desde niño le habían dado una regla sencilla y dura, aprendida en el barro con una espada de madera y la voz de su padre encima: control, precisión, nada de rabia. En la milicia esa regla funcionaba porque el deber lo explicaba todo; había un carril, una jerarquía y un final medible. Ahora, en cambio, cada noche abría un frente distinto y ninguno venía con instrucciones completas.

Eileen había visto sus ojos, su falta de sueño y su manera de volver de las cacerías, y le había dicho que no era cansancio: era el mismo límite que había visto cruzar a otros cazadores. Amelia, por su parte, había entrado en su vida sin pedir permiso, fuerte y exacta, y cuando lo dejó fuera de Byrgenwerth le marcó un hecho que Cassius no podía resolver con rango ni con método: él no podía protegerla si ella no quería ser protegida. Esa impotencia le mordía más que la sed, y le recordaba a la única disciplina que nunca le enseñaron: qué hacer cuando el deber ya no sirve para ordenar lo que siente. Con todo eso encima, preparó el arma y revisó el equipo como siempre, pero lo repitió dos veces, por inercia, igual que de niño repetía un gesto hasta borrar el fallo; esta vez el fallo no estaba en la mano, estaba en la cabeza. Al levantar la vista vio a Valeria al fondo, cerca de la entrada. No entrenaba ni hablaba. Se quedaba rígida, girando la cabeza cada vez que sonaba algo, respirando corto, apretando el guante hasta marcarse los nudillos. Cassius la miró un momento y entendió lo que venía: aquello ya no era disciplina, era un control sostenido a la fuerza, y estaba empezando a romperse.

Se presentó por el apellido y, sin ofrecer explicaciones largas, le dio el marco que a ella le faltaba: aquello no era un intercambio limpio ni un "proveedor" entregando una muestra, sino un circuito con condiciones que se activaban después. Le dijo que él trabajaba para Ravena, y que Ravena abría puertas por conveniencia, no por simpatía; le advirtió de

que los viales no se pagaban solo con sangre de bestias, y que parte del precio eran "servicios" cuando llegara el momento, aunque nadie se los explicara con antelación. Victoria no discutió el aviso; lo sostuvo como sostuvo la caja, sin aflojarlo.

Cassius le dio dos herramientas prácticas y la dejó caminar con ellas: un recorrido menos obvio, con más esquinas y menos miradas que la reconocieran, y una frase corta para cuando alguien intentara frenarla. Le indicó que no explicara nada; que dijera "es correspondencia, no es mía" y siguiera andando. Antes de separarse, dejó el aviso que importaba para Ravena y para la caja.

—Cuando Ravena quiera cobrar, te llegará una nota. Si te llega de mí, significa que no es una invitación.

Cassius se desvió en la siguiente esquina sin ceremonia, levantando dos dedos como único cierre, y dejó a Victoria con la caja y con el mapa mínimo para que el recado no se convirtiera en un incendio.

Eileen lo citó al terminar el siguiente entrenamiento. No lo llevó a una mesa común ni le dio el encargo delante de otros. Lo esperó donde el suelo estaba limpio y la salida era sencilla, con el mismo método de siempre: pocas palabras y consecuencias claras. Cassius llegó con el equipo en orden, pero con la cabeza todavía ocupada por dos nombres que no le encajaban en la misma mano: Valeria y Amelia.

Eileen no empezó por Sif. Le dio el contexto como se da una orden que necesita entenderse antes de ejecutarse: en los últimos días habían aparecido cadáveres en puntos que no correspondían a una cacería normal, con cortes que parecían trabajo de alguien que sabía lo que hacía y, aun así, no había parado cuando debía. Entre esos hallazgos, y entre rumores que ya circulaban en boca de cazadores, se repetía el mismo detalle: una presencia de lobo blanco asociada a la zona y a los rastros, como si alguien arrastrara su propia leyenda detrás. Eileen añadió lo que convertía el asunto en riesgo real: Sif de Ulfsheimr estaba sosteniéndose con pastillas y alcohol para seguir en pie, y esa mezcla no era una excentricidad, sino una forma de seguir caminando

cuando el cuerpo ya no respondía sin precio.

Cassius escuchó sin interrumpir. No preguntó "por qué ahora"; midió el encargo en términos de umbral. Eileen dejó que ese silencio trabajara y entonces lo cerró con lo que había venido a decirle.

—Ha entrado un contrato de cacería contra Sif.

Cassius no reaccionó con sorpresa teatral. Bajó la vista un instante, como si estuviera comprobando que el suelo seguía donde estaba, y volvió a mirarla.

—¿Confirmado? —dijo.
—Lo suficiente como para que, si espero, llegue tarde —respondió Eileen—. No es una bestia en un callejón. Es una cazadora que se está quedando sin freno. Ya está dejando muertos donde no debería.

Cassius apretó la mandíbula y mantuvo las manos quietas. La imagen que se le cruzó no fue un cuerpo desmembrado, sino una voz y una forma de ocupar una calle sin pedir permiso. Eileen lo vio en la cara sin que él lo explicara, y aun así no se desvió.

—No voy a mandarlo a cualquiera —dijo Eileen—. Con cualquiera, esto termina en carnicería o en error. Contigo, termina.

Cassius asintió una sola vez. No pidió permiso para sentirlo peor de lo que admitía. Se limitó a recoger el encargo como recogía todo lo demás: con el cuerpo ya orientado hacia la salida y la cabeza fijando un recorrido que no dependiera de testigos.

—Entendido —dijo.

Eileen no añadió consuelo. Le dejó el mapa mínimo y el límite explícito, que era su forma de cuidar a los suyos sin nombrarlo.

—Vuelve vivo. Y vuelve siendo tú.

CONTEXTO INICIAL / LA REUNIÓN

La reunión tiene lugar en un momento extremadamente delicado para Yharnam:

- Laurence presiona para extender el uso de la sangre y consolidar la Iglesia de Sanación.
- Willem insiste en la lucidez, temiendo que el abuso de sangre abra puertas que jamás deberían abrirse.
- Mika actúa como intermediaria entre facciones estudiando los efectos de la sangre a nivel arcano.
- Los cazadores están exhaustos, divididos y sin un propósito común.
- Las bestias proliferan y la luna ejerce una influencia cada vez más inquietante.

Cassius acude a la reunión por orden de Eileen, aunque desconoce los motivos por los que Willem ha convocado a tantas personalidades y a los mejores cazadores de Yharnam. Los cazadores de cazadores no han sido invitados, y eso vuelve la situación más preocupante. Amelia estará allí, al igual que Sif y Victoria. Valeria le acompañará. Todos los nombres más importantes en su vida estarán allí. Mientras tanto, la bestia interior de Cassius araña las paredes de su alma.

OBJETIVOS

Los objetivos son orientativos, un punto de partida que puedes seguir o no. Siéntete libre de crear tus propios objetivos, unirte a las tramas que más te gusten o seguir la línea de evolución de personaje que prefieras.

Una vaina para una espada

Eileen te dijo que necesitabas un ancla para no sucumbir y cruzal el umbral. Tu bestia interior araña las paredes y quiere salir. En tus manos está que eso no ocurra.

Amor

No has sentido por nadie lo que sientes por Amelia. Se ha convertido en tu ancla y el faro de tu cordura. No podrías soportarlo si algo le pasara, así que tienes intención de protegerla a cualquier coste. ¿Qué pasaría contigo si ella no estuviera?

Una hermana

Valeria es como una hermana para ti. Avisaste a su objetivo como una señal de honor, pero quizá no era lo que ella quería. Te importa mucho, y que te aparte de tu vida podría tener consecuencias terribles para ti.

Semper fidelis

Abandonaste la milicia para hacer algo mejor, pero ¿qué ocurriría si se enterase tu famila?

Cuestión de sangre

Laurence andas detrás de algo. La sangre es la clave, y quién sabe qué podría ocurrir si consigue que sus planes lleguen a buen término. Quizá tengas que tomar bando.

PERSONAJES RELACIONADOS

Amelia Reed "La Vicaria"
El amor de tu vida. Harías cualquier cosa por ella. Es tu brújula y lo que te mantiene cuerdo. Confías totalmente en ella y ves un futuro para ambos en un mundo que no suele brindarlo.

Eileen
Eileen te entrenó y te considera uno de sus mejores combatientes. Confía en ti y, últimente, está muy pendiente de que no te pierdes en el camino. Con los últimos encargos, parece tener planes que no te cuenta.

Gehrman "El Primer Cazador"
Un combatiente a tu altura y un amigo. Le respetas mucho y adoras pelear con él. Quizá sea una persona con la que poder contar cuando la necesites.

Valeria Vendor "La Etérea"
Es como una hermana pequeña. Harías cualquier cosa porque estuviera bien y más después de contarte su historia.

Silas Vayne "La Serpiente"
Compañero cazador que parece conocer a Corvinus desde hace tiempo. Valiente, aunque últimamente parece estar cambiado. Más agresivo.

Corvinus Ravenshade "El Protector"
Fue el último cazador de cazadores en llegar. Has entrenado con él, pero parece llevar una carga muy pesada encima. Sabes que alguien lo busca, y parece no querer entablar solo una conversación.

Ravena Morwen "La Duquesa"
Has hecho algún pequeño encargo para ella. Llevar mensajes y poco más. Una manera de ganar influencia y dinero.

Victoria Vilebreeze "La que sonríe"
Le diste instrucciones por orden de Ravena Morwen, pero nada más.